

recogida por los franceses y constituyó una confirmación brillante de todas las previsiones que había tenido en cuenta Buonaparte al concebir su plan de ataque (1).

Con indescriptible consternación la población tolonesa tuvo noticia del acuerdo tomado por el consejo de guerra, acuerdo que se vió inmediatamente confirmado por la retirada de la escuadra anglo española, por la voladura del fuerte Pomé y por la evacuación de los fuertes Faron, Malbousquet, Rouge, Blanc y Santa Catalina, que el 18 estaban ya en poder de los republicanos, los cuales en el instante hicieron fuego desde ellos sobre la ciudad. Por la tarde fué volado con espantoso estrépito el gran almacén y en el mismo instante ardió el arsenal por sus cuatro costados; media hora después, las llamas iluminaban la rada, donde se había pegado fuego á trece embarcaciones francesas. Al resplandor de aquel incendio pudo verse la multitud de barcos á bordo de los cuales huía precipitadamente la mayor parte de la población. El día 19 de diciembre entraron en ella los vencedores, y cuando se constituyó el tribunal para tomar la deseada venganza, se vió que los culpables habían huido y que los que se habían quedado eran inocentes. Los comisarios de la Convención, que no sabían mostrar la pureza de sus convicciones mas que con ejecuciones en masa, necesitaban tomar ciertas disposiciones para sacrificar á la santa causa, con apariencia de derecho, un par de centenares de víctimas. Según refiere Napoleón, obligó á todos los que habían trabajado en el arsenal durante la ocupación inglesa á presentarse en el Campo de Marte y á decir sus nombres. Obedeciendo esta intimación, presentáronse allí de buena fe doscientos hombres, obreros, contadores, secretarios y otros dependientes: tomósese nota de sus nombres, se probó que en tiempo de los ingleses habían conservado sus empleos, y el tribunal revolucionario, constituido al aire libre, dictó contra ellos inapelable sentencia de muerte. Un batallón de descamisados y de marselleses al efecto allí reunido fusiló sin piedad á aquellos pobres hombres.

El día 22 de diciembre, el «ciudadano Buonaparte» fué nombrado por los comisarios general de brigada, nombramiento provisional que fué confirmado en 19 de enero de 1794 por la comisión de Salvación pública.

Su carrera había comenzado. «Estimúladle, porque de lo contrario se estimulará él mismo,» escribía el general Dugommier al dar cuenta á la comisión de Salvación pública de la toma de Tolón. El que vió trabajar á aquel hombre de pequeña estatura, de marcadas facciones, el que oyó sus consejos, el que observó su manera de mandar y comparó luego el resultado con lo que él había pronosticado, comprendió que estaba en presencia de un personaje extraordinario: sobre todo sus compañeros de armas y sus subordinados, como su ayudante el capitán Marmont, tuvieron, desde la jornada de Tolón, una fe ciega en su buena estrella. En aquel ejército, al frente del cual, antes del nombramiento de Dugommier, habían figurado un ex-pintor (Carteaux) y un ex-médico (Doppet), es decir, la inepticia y la ignorancia, que habían sido causa de su indisciplina, los soldados deseaban ardientemente un general acostumbrado á la victoria y al cual se pudiera obedecer con gusto. Una naturaleza de esta índole se descubría en todo cuanto hacia y decía aquel joven jefe de artillería, y tan extraordinario efecto produjo en todos, que oficiales y soldados se sentían atraídos hácia él como influidos por un hechizo. Por lo mismo que son raros los hombres á quienes los demás obedecen aun sin quererlos,

(1) Todo lo expuesto está tomado de la memoria: *Le siège de Toulon*, continuada en las *Œuvres de Nap. I a Sainte-Hélène. Corresp.*, XXIX, págs. 15-18.

cuando aparece alguno, su presencia y sus actos causan impresión mas profunda.

Durante los primeros meses del año 1794 confiósese al general Buonaparte la misión de armar las costas del Mediterráneo. En el mes de marzo llegó á Niza, donde se hizo cargo del mando superior de la artillería del ejército de Italia; examinó detenidamente su estado y trazó los primeros bosquejos del plan de ataque que dos años después debía llevar á cabo con sin igual maestría. El mismo dice: «En las montañas se encuentra siempre una porción de posiciones que son en sí mismas extraordinariamente fuertes y que es preciso guardarse de atacar. El espíritu de esta guerra consiste en tomar posiciones al lado ó á espaldas del enemigo que no le permitan escoger mas que entre atacar ó abandonar las suyas sin lucha para buscar otras mas apartadas. En la guerra de montaña, el que ataca tiene desventaja. En la misma guerra de ataque el arte consiste en no presentar mas que batallas de defensiva, obligando siempre al enemigo á atacar.» Las posiciones del enemigo se comunicaban perfectamente; la derecha estaba debidamente apoyada, pero la izquierda no: por este lado era fácilmente accesible el terreno. Entonces Napoleón concibió un plan de operaciones que, sin obligar al ejército á trabar un difícil combate, le hiciera dueño de la cordillera superior de los Alpes y obligara al enemigo á evacuar las fuertes posiciones de Raus y Les Fourches. El plan consistía en atravesar el Roja, el Nervia y el Taggia, envolver el ala izquierda enemiga, ocupar el monte de Tauarda, Rocca-Barbona y Tanarello, y cortar el camino de Saorgio, que formaba, detrás de las alturas de Marta, la línea de comunicación del enemigo (2). La consideración que delante de Tolón se había conquistado fué causa de que el plan de Buonaparte fuese aprobado sin discusión por el consejo de guerra.

El día 6 de abril de 1794 emprendió la marcha una división de 14,000 hombres, dividida en cinco brigadas, que después de atravesar el Roja se apoderó del castillo de Ventimiglia. Una brigada mandada por el general Massena avanzó por el monte Tauarda y tomó en él posiciones. La segunda brigada pasó el Taggia y se situó en Monte-Grande. Las otras tres, mandadas por Buonaparte en persona, avanzaron hácia Oneglia y derrotaron á una división austriaca que se había situado en las alturas de Santa Agata. Tal fué la inauguración de la campaña que, antes de terminar el mes, debía hacer caer en poder de los franceses las plazas fuertes de Ormea y Saorgio y que, á principios de mayo, debía hacerles dueños de toda la cordillera superior de los Alpes marítimos.

En 11 de julio fué Napoleón enviado á Génova con una misión secreta para preparar un ataque general contra el Piamonte. En sus instrucciones oficiales (3) se le encargaba que discutiera con el gobierno de la República la defensa de las costas de Mentone hasta Loano y tomara informes sobre el camino militar que los aliados, valiéndose del nombre de algunos ricos genoveses, construían desde Ceva á Savona. En las instrucciones secretas (4) se decía, sin embargo: «Visitará la fortaleza de Savona y sus cercanías, inspeccionará la plaza fuerte de Génova y sus alrededores para reunir los datos que importa conocer en los comienzos de una guerra cuyo curso no se puede prever.» Casi puede asegurarse que fué él mismo quien propuso esta misión y quien se dictó las instrucciones y que los comisarios de la Convención, que hacia tiempo eran instrumentos suyos, no hicieron mas que aprobar y suscribir lo que les propuso.

(2) *Le siège de Toulon*, en las *Œuvres de Nap. I a Sainte-Hélène. Corresp.*, XXIX, pág. 30.

(3) Jung, II, pág. 437.

(4) Jung, II, págs. 450-451.

La catástrofe de los dos Robespierre, de cuyo incondicional favor había gozado, interrumpió por algún tiempo, aunque corto, su actividad. La prisión que contra él decretó su constante protector Salicetti, nos hace el efecto de una medida encaminada á evitar que fuese llamado á París. Por lo menos, su arresto en Antibes le preservó de todo peligro inmediato y cuando, en 20 de agosto, fué puesto en libertad, la tempestad había ya pasado. Buonaparte volvió al cuartel general del ejército de Italia y en setiembre comenzó una segunda campaña, acerca de la cual tenemos noticias por él mismo conservadas. En el Vormida, habíase reunido una división austriaca que construía algunos almacenes en De-go; una división inglesa debía desembarcar en Vado, y ambos ejércitos unidos trataban de apoderarse de Savona y obligar á Génova, después de haberla incomunicado por tierra y por mar, á declararse contra Francia. La rada de Vado hacia entonces las veces de la de Oneglia, es decir, era el refugio de los cruceros y corsarios ingleses que dificultaban el tráfico entre Génova y Marsella. Buonaparte propuso la ocupación de las posiciones de San Giacomo, Montenotte y Vado, de modo que el ala derecha del ejército se extendiera hasta las puertas mismas de Génova (1).

El día 18 de setiembre avanzaron Dumerbion y Buonaparte con 12,000 hombres, una división de artillería y 600 dragones, y sus primeros movimientos obligaron ya al enemigo á abandonar las fuertes posiciones en que se había parapetado. El día 20 de setiembre los dos ejércitos se encontraban frente á frente: los austriacos en la llanura, junto á la ciudad genovesa de Carcare, y los franceses en las alturas de Brestro, Pallare y Millesimo. Un ataque de estos últimos contra el castillo de Millesimo y luego contra la capilla que se alzaba entre Carcare y Cairo desalojó completamente á los austriacos de las posiciones que ocupaban. Protegidos por las sombras de la noche, llegaron los austriacos á De-go, mientras los franceses entraban en Carcare y á la mañana siguiente en Cairo. Después de un sangriento combate trabado entre Rochetta y De-go, los austriacos tuvieron que emprender la retirada abandonando sus almacenes y perdiendo de 1,000 á 1,200 hombres. Los franceses fueron entonces dueños de toda la *Riviera di Ponente*, dominaron toda la costa, hicieron imposible la comunicación entre el ejército austro-sardo y la escuadra inglesa, aseguraron el tráfico entre Marsella y Génova, y pudieron comunicarse con los partidarios que tenían dentro de esta ciudad, la cual se vió desde entonces libre del peligro de un golpe de mano por parte de los austriacos.

Buonaparte empleó el resto del otoño en emplazar baterías en la costa comprendida desde el promontorio de Vado al Var; y en enero, así lo dice su propia narración, pasó una noche en el Col di Tenda, desde donde, al despuntar el día, pudo pasear su mirada por la hermosa llanura, objetivo de todos sus planes: ¡*Italiam!* ¡*Italiam!*!

CAPITULO II

FIN DE LA ANARQUIA EN POLONIA

El día 3 de mayo de 1791 se dió en Varsovia, con la cooperación del rey Estanislao, un golpe de Estado parlamentario que, en sentir de su autor, debía iniciar la obra de la regeneración, pero que en realidad fué simplemente obra de ruina, pues todos los males interiores que venía sufriendo Polonia subsistieron y en cambio empeoró su situación exterior. Este hecho dió á Catalina de Rusia un pretexto, me-

(1) *Corresp.*, XXIX, pág. 34. Lo que sigue está tomado de la memoria de Napoleón (23 de setiembre de 1794) inserta en la *Corresp.*, I, pág. 55-57, que se diferencia bastante de las narraciones posteriores.

por del que podía esperar, para marcar mas y mas su política de violencia.

La monarquía electiva, el *liberum veto* y el derecho de insurrección de las Confederaciones (2) eran considerados con razón por los patriotas polacos como los males hereditarios de su país; pero erraban al creer que podían verse libres de ellos por medio de una nueva Constitución que creara en el papel un nuevo orden de cosas. Aquellos males procedían de causas mas poderosas que la voluntad legislativa, y esto se mostró palpablemente después del suceso del 3 de mayo de 1791.

El proyecto de una nueva «ley sobre el gobierno,» en favor del cual algunos patriotas habían conseguido el asentimiento del rey, no contenía artículo alguno que no fuera hijo de la mejor intención y que por lo tanto no pudiera aceptar todo hombre honrado; pero las cosas habían llegado en Polonia á un estado tal, que aun aquellos que tenían una conciencia recta tenían que seguir una senda que, en otras circunstancias, solo los perversos hubieran podido elegir. El que se atrevía á hacer algo para acabar con aquella incurable anarquía tenía que apelar á la conspiración, á la sorpresa, á la violencia, pues la anarquía subsistía de derecho y toda tentativa para destruirla debía hacerse por el falso camino del delito político.

La destrucción parlamentaria de la nueva Constitución del 3 de mayo, decretada de un modo que perjudicó, en definitiva, la integridad de la antigua Polonia, nos ofrece una imagen instructiva de las circunstancias que habían motivado la última catástrofe.

Los jefes del partido reformista, Hugo Kollontai é Ignacio Potocki, no encontraron mas medio de hacer que su programa eludiera al *liberum veto* y la intervención de los embajadores extranjeros, que dar un golpe de Estado parlamentario, preparado con gran sigilo, el cual se llevó á cabo en un momento perfectamente calculado y que, seguro de antemano de la aprobación de una mayoría iniciada en el plan, sorprendió á los que de él no tenían noticia con toda la fuerza de una decisión premeditada. Pero el secreto del programa no pudo ser mantenido. El punto principal era la supresión de la monarquía electiva y la introducción de la monarquía hereditaria, cuya corona debía ser ofrecida á la casa electoral de Sajonia; y los embajadores de Inglaterra, Holanda y Prusia tuvieron noticia de él y formularon las mas enérgicas protestas. Al inglés Hailes, que comunicó la intervención unánime de las tres potencias vecinas, se le contestó que precisamente se trataba de aprovechar el momento en que las referidas potencias estaban ocupadas en otros asuntos, para dar al gobierno la solidez que nunca podría tener mientras el trono fuese electivo. La respuesta dada al conde Goltz, agente diplomático de Prusia, decía que la nueva sucesión al trono, que por el momento limitaba el carácter hereditario á la hija del elector de Sajonia, que entonces contaba nueve años, había sido formulada en interés de Prusia, pues se tenía la esperanza de que un príncipe prusiano se casaría con la «infanta de Polonia,» con lo cual se habían de estrechar los lazos de unión entre Polonia y Prusia (3). El embajador ruso Bulgakoff no permanecía naturalmente inactivo, pero en vez de hablar puso manos á la obra. A fuerza de grandes sumas (4) llegó á comprar votos suficientes

(2) Sobre Polonia antigua, véase F. II.

(3) Herrmann: *Historia del Estado ruso*, Gotha, 1860, VI, pág. 348.

(4) Según dice Hailes, repartió 30,000 libras esterlinas; pero según una memoria diplomática sajona, había recibido de San Petersburgo, desde el 15 de abril de 1791, es decir, desde que estaba en Varsovia, 50,000 rublos, 50,000 ducados, 25,000 rublos y últimamente 10,000 rublos. Herrmann, obra citada, pág. 346.